

CAMPO ABIERTO

EL MISTERIO DEL TORDILLO

Gabriela Larralde

ILUSTRACIONES DE **Lucía Marroquín**



CAMPO ABIERTO

EL MISTERIO DEL TORDILLO

Gabriela Larralde

ILUSTRACIONES DE **Lucía Marroquín**

CAPÍTULO 1

LOS CABALLOS NO SE PIERDEN

Helena nunca me pidió que se lo prometiera. Pero se lo prometí igual. Que la iba a ayudar a encontrar al Tordillo. Y yo no soy ni mentiroso ni traidor. Intenté explicarle eso al tío pero no me creyó. Estaba cocinando un guiso de lentejas cuando le conté que necesitaba ir al campo de la señora Helena. “Los caballos no se pierden. Esa señora siempre se inventa problemas para que vayas a verla. Está muy sola”, dijo sin dejar de mirar la olla en el fuego. El sol caía, sentí cómo mi corazón empezaba a latir rápido. ¿Cómo iba a decir algo así de Helena?

Primero, Helena no inventaba nada. El Tordillo había desaparecido hacía dos días de su campo. Ella misma me lo había contado preocupada en el almacén de Gastón. El Tordillo dormía siempre cerca de los fardos. Le gustaba tirarse ahí al costado del galpón. Pero esa mañana cuando Helena se despertó, el Tordillo no estaba. Creyó que andaría más entrado el campo con los otros caballos. No le

dio importancia. Se puso a preparar el mate. Más tarde lo buscó para ir al pueblo entonces descubrió que se había ido. Recorrió el campo y nada. Ni un rastro.

El tío estaba equivocado, Helena no mentía y tampoco estaba sola. Tenía a su tropilla y me tenía a mí. Eso era algo que el tío no podía entender. A él le daban miedo los caballos y amigos no le conocí. Pensé en explicarle lo que era el Tordillo para Helena. No era cualquier caballo, era su compañero. El único que podía montar bien después del accidente porque era bajo y manso. Pero era inútil insistir con el tío. Apenas quise hablar me dijo que ya estaba lista la comida. Sacó la olla del fuego. Nos sirvió el guiso de lentejas en dos platos bien hondos.

Comí callado para que supiera lo enojado que estaba. A él pareció no importarle. Cuando terminamos me obligó a prometerle que me quedaría en casa. Tenía que esperar a que llegara su novia Caro a dejarle una caja importante. Él no podía quedarse porque tenía que ir a trabajar. Se lo prometí sin ganas. Le dije que cuando fuera grande me iba a ir de casa a vivir al campo. Me respondió que para irse al campo primero hay que tener uno. Que en todo caso me iría a trabajar al campo, no a vivir. “Me voy a comprar uno”, le respondí. Y él se rio. Me dijo que los campos no se compran, se heredan.

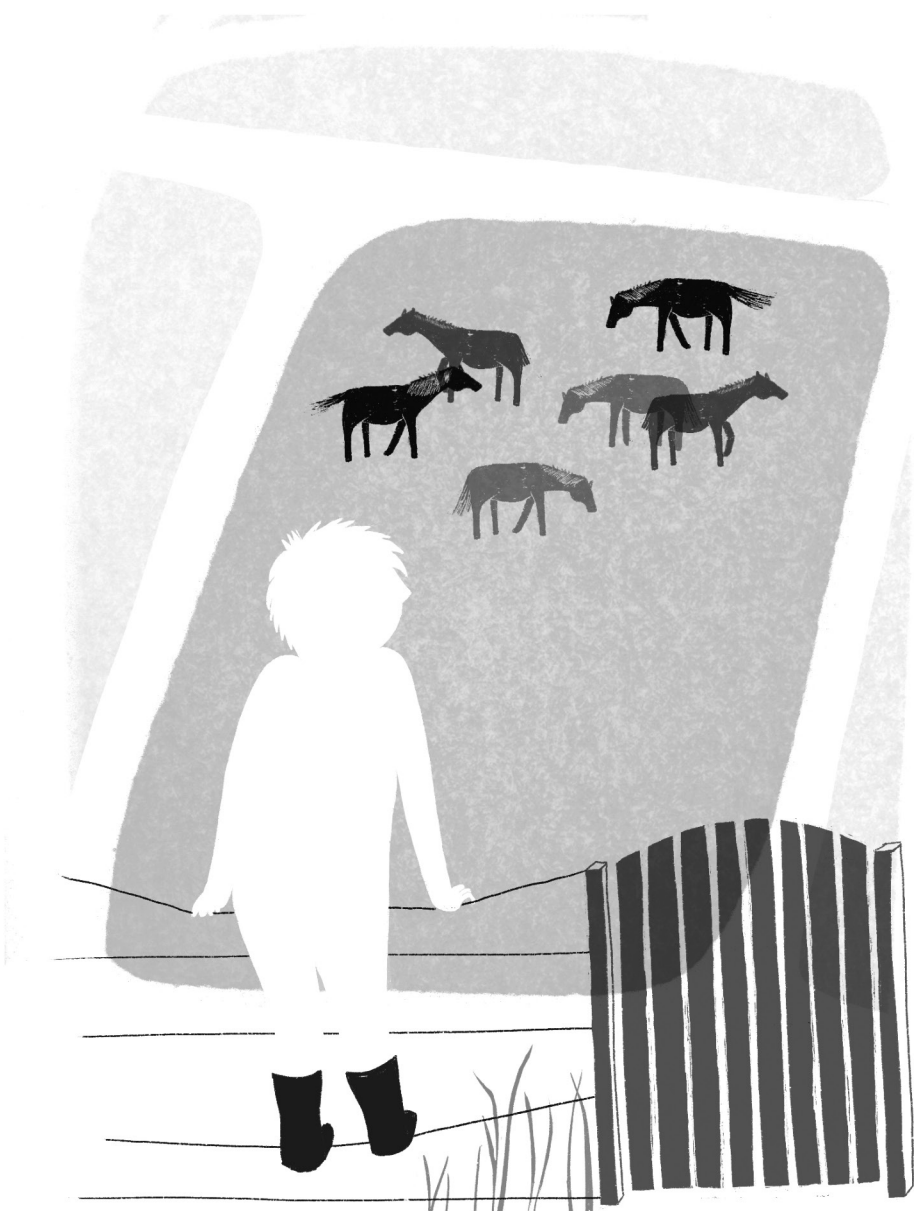
CAPÍTULO 2

CAMPO ABIERTO

La ruta ocho une mi pueblo con otros pueblos más chicos y más grandes. Una cinta transportadora de autos y camiones rodeada de cultivos: trigo, maíz, girasol... El tío trabajaba en el peaje más cercano. En una de esas cabinas con ventana corrediza que se abre y cierra para cobrar. Parecía chica por afuera pero adentro era una minipieza. Cuando era más chico algunos viernes me llevaba. En la cabina, el tío tenía una jarra eléctrica para hacerse mate, una estufa, un ventilador, una radio donde sonaba siempre música y un silloncito para descansar. Algunos días al mediodía, si la ruta estaba tranquila, se turnaba con su compañera de la cabina de al lado para dormir un rato. “Con este botón se pone la cruz roja. Así, los conductores saben que no pueden venir a esta cabina. Van a la de al lado. Cuando hay muchos autos no lo podés hacer”, me explicó una tarde el tío y pusimos la cruz roja. Después, al rato, la sacamos y su compañera la puso. Todos los autos vinieron a nosotros con sus luces encendidas.

Para entregar rápido el vuelto del peaje el tío tenía un método. Preparaba distintos piloncitos de dinero como cambio para los billetes que le podían dar. Los días que iba yo, jugábamos a adivinar, por el auto y por la cara de quien manejaba, qué billete nos iba a dar. Estaban los que daban el dinero justo, quienes ya sabían cuánto valía ese peaje; después estaban los que daban billetes sin mirar qué entregaban; y también estaban los que sacaban la billetera y preguntaban: "¿Cuánto es?". Esos me molestaban. Porque había un cartel antes de llegar a la cabina y otro pegado en la ventana. El tío me contó que a él esos le caían bien. En general eran los menos apurados y los únicos que le hablaban. Además me dijo que algunos sí sabían cuánto valía el peaje, porque viajaban seguido, él los reconocía pero preguntaban igual como una forma de ser amable.

Durante la semana yo vivía con el tío en casa porque mamá trabajaba en un campo cuidando a un señor de lunes a viernes. Salía los fines de semana. A veces si llevaban al señor a la capital para algo médico mamá tenía el día libre. No era un señor grande. Mamá me había explicado que tenía su edad pero que no podía estar solo porque se olvidaba de las cosas. Todas las cosas, hasta para qué sirve un pantalón. Lo bueno del trabajo de mamá era



que en el verano el señor se iba a otro país y ahí lo cuidaba otra señora. Mamá tenía tres meses enteros para estar conmigo. Justo los meses del verano. Pero para eso faltaba todavía. A veces extrañaba la voz de mamá durante la semana. Ella siempre estaba cantando. Yo creo que el señor la quería porque mamá era como tener una radio prendida. Siempre cantaba alguna canción, que era también una historia.

Se hizo de noche. Caro no llegó con ninguna caja importante. Odié al tío. Deseé con todas mis fuerzas que mamá volviera antes del viernes. Que estuviera conmigo. Ella hubiera entendido lo que pasaba. Me quedé mirando por la ventana al campo abierto. Mi casa quedaba justo donde terminaba el pueblo. Adelante, todo campo, una tierra dura, mala para la siembra pero buena para el pastoreo. Dependiendo quién arrendara el campo a veces había vacas, otras veces ovejas. Una sola vez hubo caballos. Y así fue que conocí a Helena. Yo salía para la escuela cuando pasó montando al galope por al lado mío. Iba guiando una tropilla. Me pegó un grito para que me corriera: “Guarda, que vienen”, dijo. Atrás de ella pasaron, prolijos en fila, una decena de caballos, altos, fuertes, decididos. Algo me pasó en las piernas, sentí que se me aflojaban. Esa mujer de pelo largo agitaba sus brazos en

cada galope con una libertad que yo nunca había visto. Me quedé observándola hasta que se hizo una manchita a los lejos en medio del campo. En ese momento yo no supe que mi vida iba a cambiar para siempre porque la vida cambia muchas veces para siempre y uno se da cuenta después.